



PARA LA EXPLICACIÓN DE UNA CATÁSTROFE: AMÉRICO CASTRO, *ESPAÑA EN SU HISTORIA* / FOR THE EXPLANATION OF A CATASTROPHE: AMÉRICO CASTRO, *ESPAÑA EN SU HISTORIA*

JUAN CARLOS CONDE
IEMYRhd, Universidad de Salamanca

Recibido: 07/11/2022

Resumen: Este artículo es un acercamiento al origen e intención primordial de *España en su historia*, obra de Américo Castro, sin duda una de las más destacadas figuras de la vida intelectual y universitaria de los años de la Segunda República. A través de estas páginas se rastrea el origen de este libro escrito ya en el exilio de su autor y del que encontramos anticipos en obras previas suyas. La trascendente presencia de musulmanes y judíos en la Península Ibérica marca la diferencia de la propuesta de Castro frente a visiones tradicionalistas e imperialistas. Contra ellas se sitúa don Américo, para quien la identidad histórica española no fue, no es, una sustancia eterna e inmutable. España en su historia es, además, un libro magníficamente escrito, de apasionante lectura, y capaz de dar una visión completamente nueva y distinta de la fisonomía, características y formación de esa comunidad histórica llamada España.

Palabras clave: Américo Castro, relato histórico, tradicionalismo.

Aceptado: 01/12/2022

Abstract: This article is an approach to the origin and primordial intention of *España en su historia*, by Américo Castro, undoubtedly one of the most outstanding figures of the intellectual and university life in the Second Republic. Through these pages, the origin of this book written already in exile of its author and of which we find advances in his previous works is traced. The significant presence of Muslims and Jews in the Iberian Peninsula marks the difference between Castro's proposal and traditionalist and imperialist visions. Against them stands Don Américo, for whom the Spanish historical identity was not, and is not, an eternal and immutable substance. *España en su historia* is also a magnificently written book, passionate to read, and capable of giving a completely new and different vision of the physiognomy, characteristics and formation of that historical community called Spain.

Key words: Américo Castro, historical account, traditionalism.

Para Julio, que nos presentó a don Américo

Estas páginas buscan únicamente efectuar algunos comentarios de índole general acerca del origen e intención primordial de un libro obra de una de las más destacadas figuras de la vida intelectual y universitaria de los años de la Segunda República. Esa personalidad es Américo Castro, y su libro al que deseo referirme en particular es *España en su historia*.¹ Un libro que, como la mayor parte de lo pensado y escrito por Castro a partir de los años de la sublevación militar que liquida el proyecto cívico y patriótico de la Segunda República, tiene como objeto último indagar en la peculiaridad histórica española, peculiaridad que trae como resultado lo que se diría ser una actitud refractaria al progreso, la modernidad y los principios de la Ilustración. Acaso distorsionen mi juicio mis parcialidades y querencias, pero me parece que, en efecto, *España en su historia* no puede faltar en modo alguno en una consideración seria de las particularidades y problemas definidos por el devenir histórico de España como comunidad política y social.

Ningún otro libro escrito en el siglo XX sobre la historia de España y sobre la especificidad histórica del mundo hispánico presentó una visión tan distinta e iconoclasta respecto de las formuladas anteriormente; en esperable consecuencia, ningún otro libro suscitó tantas y tan enconadas polémicas entre historiadores y entre no historiadores prácticamente por igual. En una época en que todavía eran posibles, viables y relevantes los grandes relatos históricos, este libro construyó uno, radicalmente nuevo, sobre la historia de España y, sin quererlo su autor, desencadenó —creo que es el verbo indicado— la escritura de otro importante libro al que su autor se refería nada menos que como “el anti-Castro”: el macizo *España, un enigma histórico*, de otro insigne español exiliado, Claudio Sánchez-Albornoz. No es esta ocasión indicada para tratar por lo menudo las polémicas suscitadas por la visión de la historia de España sostenida por Américo Castro, aunque habré de ocuparme de ellas tangencialmente más adelante. Sí me interesa subrayar aquí lo significativo que resulta considerar que los dos contendientes en la que quizá fue la más honda polémica intelectual de la segunda mitad del siglo XX en España fueran dos viejos exiliados de inflexible lealtad republicana.

¹ El libro ha sido reeditado innumerables veces, y, como es sabido, fue radicalmente refundido y reelaborado por su autor, dando como resultado —si se puede hablar en esos términos— el otro *magnum opus* historiográfico de Castro, *La realidad histórica de España*. México: Editorial Porrúa, 1954, objeto a su vez de significativas reelaboraciones ulteriores (asunto del que no cabe ocuparse aquí).

Comencemos por el principio, es decir, por el origen de la creación y la escritura de este libro. Don Américo Castro era en mayo de 1936, allá por los 51 años de su edad, recién cumplidos, un distinguido y prestigioso catedrático de la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid; gozaba de reconocimiento como una de las grandes figuras del Centro de Estudios Históricos, siempre bajo la autoridad indiscutible e indiscutida de Ramón Menéndez Pidal, pero ya maestro él mismo de notabilísimos discípulos; era el autor de una extensa serie de obras de asunto filológico y literario entre las que brillaba con luz propia su admirable, y aún hoy día vigente —hasta para los más cicateros hito miliar en la bibliografía al respecto— *El pensamiento de Cervantes*, publicado en 1925. Escribía asiduamente en la prensa, había ocupado posiciones públicas importantes, había sido embajador de la República en Alemania en 1931, era un intelectual público representante del ideario liberal y progresista que tanto la Junta para la Ampliación de Estudios como la Institución Libre de Enseñanza difundían y propugnaban. En lo personal, felizmente casado con Carmen Madinaveitia, y con dos hijos (Carmen y Luis), se había instalado hacía poco en un lucido hotelito de la calle Oquendo 3, a tiro de piedra —literal, para un mediano hondero— de la Colina de los Chopos, de la sede de varios centros de la Junta, y de la futura del Centro de Estudios Históricos, que hubiera debido construirse en el espacio que ahora ocupan el pabellón Antonio Magariños —me niego al uso de su bastardeada denominación de hoy— y los patios deportivos del colegio y el instituto Ramiro de Maeztu: una ubicación privilegiada. Américo Castro era sobre todo un ciudadano de una República que, en sus mejores representantes, trabajaba por llegar a encarnar una España nueva, finalmente moderna, europea, democrática, civilizada, y con protagonismo en el progreso cultural, científico y social a escala mundial.

Todo eso, como sabemos, terminó como terminó muy poco después. Símbolo duradero de ello fue el paso de todo ese *scientific park* de los altos de Serrano a manos de un CSIC dirigido por un cura, o los oprobiosos latines que uno de sus edificios más significados lució durante años, o el abandono de los edificios de la Residencia de Estudiantes —deshecha, por supuesto, por el régimen—, convertidos en internado, y luego aulario, del (otro cambio simbólico) Instituto «Ramiro de Maeztu», antes «Instituto-Escuela». Símbolo, y particularmente elocuente, de lo perdido, fue la conversión del edificio del auditorio y Biblioteca del Centro de Estudios Históricos en iglesia en manos del *Opus Dei*, simbólica donde las haya. El ideal de una República española laica, democrática y liberal se esfumó, y dio paso a un régimen inicuo. Se produjo la liquidación de una vida intelectual y científica sobresaliente, y la marcha de sus mejores representantes al exilio: el



atroz desmoche, según el título de un libro tan meritorio como escalofriante (Claret, 2006).

El fin de tantas esperanzas dolió a todos aquellos que las albergaron, pero me atrevo a decir que a pocos más que a Américo Castro. Castro perdió su cátedra, su casa, sus libros y sus papeles —estos últimos los recuperaría años después—, y se vio forzado al exilio, separado de su familia, repartida en varios países. Hubo de sufrir mucho: la comparación de alguna de sus

fotografías de sus últimos tiempos de la República con alguna de las primeras que se le tomaron en Argentina en la primera etapa de su largo exilio —tal la publicada en el semanario *Antena* el 2 de enero de 1937, pág. 5, dando cuenta de la charla sobre Cervantes ofrecida el lunes anterior como parte de un ciclo de conferencias radiofónicas— es elocuente. El pujante hombre ya de una cierta edad, pero de aún joven aspecto, de negro cabello, bigote y perilla, dejaba paso a un hombre súbitamente avejentado, con una cabellera mucho menos poblada, y en la que las canas aparecen profusamente. El golpe no fue únicamente físico o anímico, claro: la pérdida de la deseada nueva España, heredera de las fugaces glorias de lo mejor del siglo XVI y de la España ilustrada, hija de las ideas institucionistas, y el regreso del país a tiempos equiparables a los de su más negro pasado, trajo consigo una brutal sacudida vital e intelectual. Que esta ruptura no fue menos aniquiladora que el desengaño que trajo consigo lo atestigua, por ejemplo, lo dicho por Castro en una carta a su compañero y amigo Federico de Onís, camino de Argentina en septiembre de 1936: «No sé qué será de mi casa, de mis libros y de mis trabajos. Como es natural, no podré vivir en España ni con la anarquía sangrienta de hoy, ni con lo que venga después —lo mismo con signo contrario [...]. Una catástrofe así no podía esperarse. Estoy hecho polvo, y así están todos. La vida rota, todo perdido, y teniendo que empezar de nuevo o que acabar de una vez» (Naranjo Orovio y Puig-Samper, 2002: 312)². Una sacudida brutal³.

² Vid. otra carta de mayo del 37 en esa misma página, y la de abril del 38 en p. 313.

³ La intensidad del impacto está reflejada de forma conmovedora en dos cartas de Castro a su dilecto Marcel Bataillon escritas la una el 13 de septiembre de 1936 desde Hendaya («Nos deshacen España y como un pájaro sin nido volamos enloquecidos sin saber dónde posarnos [...]. La España fascista como primera medida me fusilaría»), y la otra el 20 de marzo del 38 desde

De esa sacudida surge un replanteamiento radical de la actividad intelectual de Castro. Un Castro que nunca se había limitado a ser filólogo de estricta observancia positivista, sino que también había sido historiador de la cultura y de la literatura, y como tal había renovado la visión de figuras fundamentales como Cervantes y Santa Teresa, y que, en su libro de 1936, *Glosarios latino-españoles de la Edad Media*, había caminado hacia una interpretación cultural de unos materiales que años antes hubieran merecido un tipo de atención exclusivamente filológica y descriptiva. De la sacudida causada por la guerra y por la pérdida del proyecto vital y patriótico anhelantemente perseguidos nace un Castro decididamente orientado hacia la historia, y con un principal punto de concentración: desvelar el significado de la historia y la civilización de España, y, a partir de ese punto, entender las circunstancias que habían llevado al desastre.

Hay anticipos de *España en su historia* en la obra de Castro anterior a su salida en 1948, naturalmente. Así, su largo artículo «Lo hispánico y el erasmismo», publicado en la *Revista de Filología Hispánica* de su otrora discípulo Amado Alonso, también sucesor indirecto suyo en la dirección del Instituto de Filología de Buenos Aires⁴. En principio reacción al inmortal *Erasme et l'Espagne* de Marcel Bataillon (1937), y con interesantes referencias internas en cuanto a la cronología (citas de Lucio Mansilla y Domingo Faustino Sarmiento denotadoras de una estadía argentina; asistencia a la reunión anual de la *Modern Language Association* en Nueva Orleans en diciembre de 1939; lectura del «La idea imperial de Carlos V» (1938) y de *Los romances de América y otros estudios* (1939) de Menéndez Pidal), este trabajo es a partes iguales un ensayo de reinterpretación de la historia de España y un examen de las “corrientes afines” al erasmismo —por usar la etiqueta que una docena de años después Eugenio Asensio (1952 y 2000) empleará en un merecidamente célebre artículo en que hizo bien poca justicia a Castro como precursor. Muchas de sus páginas preanuncian parcialmente *España en su historia*⁵. Me interesa más ahora, sin embargo, como preanuncio del

Madison, Wisconsin, lúcido análisis de la terrible situación española en un torvo contexto europeo («La tragedia es de demasiado amplio vuelo [...]. Esta es la tragedia de los que vivimos rotos y sin norte posible») (Munari, 2012: 104, 105 y 107). Recomiendo su lectura íntegra en *Epistolario. Américo Castro y Marcel Bataillon (1923-1972)*, en las páginas 103-104 y 105-108.

⁴ *Revista de Filología Hispánica*, II (1940), 1-34 y IV (1942), 1-66.

⁵ Preanuncian, mas no la adelantan plenamente. Es sumamente revelador lo dicho por Castro en el prólogo —fechado en Princeton, enero de 1947— a la edición en forma de libro de su refundición de este largo artículo mencionado, bajo el título de *Aspectos del vivir hispánico* (Santiago de Chile: Cruz del Sur, 1949): refiriéndose a lo expuesto y entrevistado en «Lo hispánico y el erasmismo», declara que «a pesar de esta vislumbre de un posible sistema de conexiones históricas no me decidí todavía a establecer un enlace vital, y articulado en la realidad de haber convivido cristianos, moros y judíos por espacio de ochocientos años, y hasta concedí menos importancia de la debida

discurso historiográfico que Castro consolidará en ese libro, un trabajo breve y no demasiado atendido, su lección inaugural como catedrático en Princeton: *The Meaning of Spanish Civilization* (Castro, 1940). Dictada el 11 de diciembre de 1940, en esta lección se ensaya, como declara su título, una interpretación del significado de la civilización española, y me interesa lo que tiene de enunciación de una cierta manera de entender la investigación histórica. Así, en un inglés correcto, pero un tanto rígido, que les traduzco, Castro dice que «un hecho humano nunca puede ser reducido al plano conceptual de una definición que intenta comprender su entero contenido, como es el caso de las definiciones de la matemática o de la física. Un hecho histórico siempre significa algo, esto es, da testimonio de una finalidad o un valor que lo trasciende» (5). Conforme a eso, su indagación en la civilización española «no puede consistir en una enumeración de hechos, sino en una exposición de sus significados y valores» (*ibid.*); y ello trae implicaciones metodológicas claras: «Un intento de construcción histórica nunca es objetivo; esto es, nunca puede proporcionar algo parecido a lo que denominamos axiomático o lógicamente demostrable en la ciencia racional» (*ibid.*) Me interesa especialmente lo que Castro dice acerca del juicio histórico y de la realidad desde la que este se formula:

La evidencia que el juicio histórico puede proporcionar depende de cómo integramos nuestras propias vidas con la vida histórica que intentamos entender; porque la historia no puede ser explicada, solo puede ser entendida [...]. El entendimiento de la historia presupone una proyección vital del historiador dentro del hecho histórico (Castro, 1940: 5-6).

Son ideas acerca del mester del historiador que informarán la teoría historiográfica subyacente a la obra de Castro posterior a la Guerra Civil, y, desde luego, la escritura de *España en su historia*. El punto de partida de este libro también se enuncia en este opúsculo de 1940: «el modo en que la vida española se ha plasmado históricamente es diferente de lo que podemos observar en el caso de los otros grandes pueblos occidentales» (8): una peculiaridad histórica hispánica que es el punto de partida de *España en su historia*, un libro del que bien podemos decir que se publicó en 1948, sí, pero que empezó a gestarse ya desde 1936, y a hacerse en 1940.

al erasmismo de los conversos. Trababa mi razonamiento el temor de incidir en cualquier ingenuo “filo-orientalismo”, o en pesquisas anecdóticas [...]. Continué, pues, obstinándome (como el resto de los historiadores) en que España, país cristiano, solo podía entenderse dentro del marco de la Europa occidental, pese al “largo y enojoso paréntesis” de ocho siglos (711-1942) de una soberanía y de una civilización compartidas por tres pueblos y tres creencias muy diferentes. Mas al terminar estos ensayos comprendí la necesidad de retroceder hasta los comienzos de la llamada Edad Media española. Resultado de mis trabajos ha sido el volumen *España en su historia (cristianos, moros y judíos)*, Buenos Aires, 1948» (Castro, 2021: 71-72).

En efecto, *España en su historia* fue un libro de larga gestación y redacción. Al margen de la aparición de preocupaciones, asuntos y reflexiones metodológicas relacionables con lo que sería el libro de que nos ocupamos en la obra castrista de 1936-1940, hay menciones específicas a *España en su historia* en la correspondencia de Castro que nos permiten seguir la pista a su hacerse. El lunes 6 de julio de 1942 Américo Castro escribe desde Princeton a uno de sus más asiduos corresponsales a lo largo de los años, el poeta Jorge Guillén, exiliado como él en tierras norteamericanas, según este tenor:

Ahí también ha salido [sc., en la *Revista de Filología Hispánica*] un primer capítulo de mi testamento hispánico, ocupación notarial a la que voy a entregarme por el tiempo que pueda. Mi nueva partición de la historia de España requiere crítica y objeciones para que se mejore lo que aún me resta por decir. Creo que lo que se llamó España comenzó a fines del siglo XIV y no antes. Me doy cuenta de que tales trabajos no hallarán hoy aceptación amplia, por el atomismo de odio y recelo propio del mundo hispano [...]. Mas como lo único que me importa es conocer históricamente (viviéndolo) qué sea lo llamado "hispánico", seguiré mi línea sin tratar de complacer a nadie, y pensando, indudablemente con desmesura, que el futuro me dará plena razón (Guillén y Castro, 2018: 72)⁶.

La alusión a «Lo hispánico y el erasmismo» es clara, y su ubicación como punto de partida de ese "testamento hispánico", labor *in fieri* enderezada hacia un ahincamiento en una línea de investigación que sitúa la formación de la España moderna en un punto de crisis en el tránsito del XIV al XV, es igualmente claro preanuncio del libro por venir. Lo aventurado sobre su recepción fue ciertamente profético; acaso no tanto la sentencia que cierra la cita. Comoquiera que sea, en ese verano del 42 (de futuras resonancias cinematográficas), don Américo ya se presenta embarcado en la redacción de lo que será *España en su historia*.

En una carta a Stephen Gilman, uno de sus más brillantes discípulos americanos, y enseguida reconocido investigador literario (quien se había casado el verano anterior con Teresa Guillén) fechada el 4 de enero de 1944⁷ escribe Américo Castro: «Por aquí nada de particular. El libro avanza con mucho retraso. No quiero apresurarlo y tengo muchas cosillas entorpecedoras (clases, latas, etc.)». No cabe duda de que el libro aquí aludido antonomasia mediante es el que sería *España en su historia*. En otra de 29 de febrero del 44: «Hubiera querido

⁶ Este epistolario es un verdadero tesoro de informaciones importantes y un dechado de arte epistolar. Deberán, con todo, tratarse con sumo cuidado las informaciones aportadas en las notas a las cartas, que cuando no son triviales, tienden a estar erradas. *Vid.* (Conde, 2019a: 6).

⁷ La carta dice 1943, claro error causado por la inercia que el año viejo traslada a los inicios del nuevo cuando se datan escritos. Cito las cartas de Castro a Gilman a partir de la copia digitalizada del archivo de Stephen Gilman que se custodia en la Biblioteca de la Residencia de Estudiantes. Lo aquí citado pertenece a la que lleva en dicho fondo la signatura CAS\1\1\3.

tomar vacaciones ahora, y eso quería la *Administration*. De haber habido otros profesores literatos, lo habría hecho porque necesito paz y tiempo para terminar mi libro. Por desgracia no es así, y si lo dejo se acaba esto [*sc.*, *el programa de estudios de literatura española en Princeton*]]⁸. En esa misma carta leemos:

Mi libro avanza con dificultades inherentes a su complicación. Tengo que cribar mucha tierra para lograr buen mineral. El querer abarcar la historia en su totalidad humana es muy duro. Pero así voy entendiendo menos mal la peculiaridad sorprendente de lo español. Ahora estoy tratando de entender al Arcipreste, integrando en él lo común europeo (de que todos hablan) y lo español (cristiano-musulmán). Mi ignorancia del árabe, y el tener que leer traducciones, o hacerme traducir, es un lío. Pero sale algo que se tiene en pie. Dejaré los problemas en su sitio, y que vengan luego otros jóvenes a completar o rectificar. La Edad Media es la clave de todo lo demás.

En ese párrafo se adelantan aspectos que se verán reflejados en *España en su historia*, libro en que consta un capítulo dedicado íntegramente al Arcipreste de Hita y su *Libro de buen amor*, y cuya clave de bóveda argumentativa es la presentación de la Edad Media como periodo decisivamente crucial para la configuración de la identidad social española. En términos más prácticos, otra carta de Castro a Gilman de 29 de abril del 44, expone:

Tenemos una serie de publicaciones en *Romance Languages*. Saldrán estudios, y además folletos con artículos. Lo de la *Celestina* podría ir con dos cositas que hacemos: Boccaccio y Lope de Vega [...]. Con esos tres trabajos hacemos un cuaderno de la serie. En esa serie saldrá también mi *Spain in her History*. Antes daré un folleto larguito sobre el Arcipreste de Hita⁹.

Aquí el *work in progress* que será *España en su historia* consta como obra escrita y titulada en lengua inglesa, destinada a publicarse en Princeton (cabe pensar que más como «estudio» y menos como «folleto»). Vemos, pues, que la elaboración del libro es lenta, y que las obligaciones docentes y administrativas ralentizaban su avance —*nihil novum sub sole*. Nótese también que, aunque el prólogo del libro finalmente publicado por la Editorial Losada en 1948 —el colofón, fechado el 23 de abril de ese año, no es verídico, y corresponde a deseos de conmemoración cervantina— está datado en abril de 1946, la correspondencia entre Castro y la gran María Rosa Lida atestigua que a las alturas de finales de 1946 y comienzos de 1947 el libro estaba aún en pruebas, y que en el proceso de su corrección María Rosa Lida efectuaba enmiendas y adiciones de importante calado (Conde, 2019b: 192-254; también 33-51 del estudio preliminar). De ahí, junto a otras razones, el post-prólogo de diciembre de 1947.

⁸ Residencia de Estudiantes, fondo Gilman, CAS 1\2\4.

⁹ Residencia de Estudiantes, fondo Gilman, CAS\1\2\5.

Finalmente, en 1948, poco antes del 16 de abril¹⁰, apareció el libro que, a través de su *invención* de la realidad histórica de España suscitó una formidable polémica. ¿Cuál fue la razón para ello? Simplemente, que en sus páginas se ofrecía una visión de la historia de España radicalmente diferente de las hasta entonces tenidas por canónicas. Y ello por dos motivos: primero, porque en la visión de Castro la historia de España como comunidad humana no arrancaba en la noche de los tiempos, de la mano de los primeros pobladores —más o menos míticos— de la Península; y, segundo, porque los caracteres distintivos y peculiares de España como comunidad humana tendrían su origen en, y vendrían definidos por, la interacción entre la España visigoda y los musulmanes que irrumpieron en la Península en 711. A partir de ese año, la parte de la Península no ocupada por los musulmanes, como dice Castro (1948: 12), hubo de «forjarse una manera de vida, un proyecto de acción, nuevos del todo, en lejano aislamiento de la Cristiandad europea, de Roma y de Constantinopla. Sobre esa infancia de la futura España ha de concentrar su mirada el historiador, porque de los planes de vida forjados entonces dependió toda la historia subsiguiente». Esa nueva manera de vida sería «cierta forma de vida, tan diferente de la islámica como de la europea, si bien en prieta contextura con ambas».

El libro se ocupa, a distintos niveles y en distintos planos, de definir de qué modo esa contextura vital fruto de la particular situación de la Península, en la que musulmanes, cristianos y judíos conviven estrechamente —en especial durante los primeros 400 años de presencia musulmana, antes de las invasiones almohades y almorávides de comienzos del XII— y, en esa convivencia —una palabra más atribuida a Castro que realmente utilizada en *España en su historia*—, se va forjando una determinada identidad social definidora de lo español. No es posible aquí entrar en demasiados detalles, pero es necesario resaltar el más importante de los que definen esa identidad social española *more castriano*: lo que podríamos definir como una tendencia a la trascendentalización del *ser* sobre el *hacer*, una elevación de la identidad del ser (su *dimensión imperativa*, como la denomina Castro) por sobre la producción material, guiada por la industria, y la producción intelectual, guiada por la razón. En España se forja otra mentalidad, por mor de esos influjos procurados por los musulmanes peninsulares, muy distinta a la europea. De nuevo en palabras de Castro (1948: 13):

El español posterior al siglo VIII acabó por labrarse una existencia conexas con un mundo trascendente, fundado en creencia y nunca en pensamiento, y a la vez encapsulada en la

¹⁰ María Rosa Lida —ya de Malkiel, y ya desde Berkeley— le da a Castro la enhorabuena por la aparición del libro en carta de 16 de abril de 1948 (Conde, 2019b: 274-278 y 49).

conciencia de su persona total y empírica. El horizonte de esas personas fue su creencia —creencia en un mundo trascendente, en el valor de la propia persona [...]. El pensamiento estuvo casi del todo ausente de aquella forma de vida. La inquietud por lo que deba ser, por la conducta con vistas a un futuro moral, ocupó el puesto dejado vacante por la curiosidad de qué fuera el ser.

Así, expone Castro, se dieron las condiciones para que el español cristiano se impregnara de la mentalidad arábica en ciertos aspectos referidos al modo de ver el yo personal, pero tal impregnación no se extendió a otras labores características de los musulmanes (vale decir, el cultivo de las huertas, la sastrería, la medicina, las diversas modalidades de la artesanía y, en general, toda actividad manual), o a otras de índole más técnica o lucrativa, dejadas a cargo de los hebreos de la península. Como dice Castro (1948: 48): «Los cristianos adoptaron multitud de cosas —materiales y humanas— creadas por los musulmanes, pero no asimilaron las actividades productoras de estas cosas, justamente porque tuvieron que hacer otras diferentes para oponerse, y finalmente vencer, a los moros». Ese rechazo a ese género de actividades tendrá, nota Castro, consecuencias que separarán durante siglos a los españoles de otros pueblos europeos, que verán en la industria, en la economía y en la producción valores positivos que siempre cotizaron a la baja en la bolsa hispánica.

La forja de ese ser peculiar semítico-cristiano fruto de esa contextura vital de la Península Ibérica dará lugar, señala Castro, a grandes obras y a grandes momentos de elevación, heroísmo y gloria; dará lugar al impulso detrás de grandes obras artísticas, o de ingentes empresas como la colonización de América, por ejemplo; pero, como contrapartida, también dará lugar a consecuencias nada admirables: surge, por ejemplo, de estos planteamientos, la figura del hidalgo del Siglo de Oro que nos es a todos familiar a través de textos como el *Lazarillo*, con su intransigente repugnancia hacia todo lo que suponga trabajo manual o actividad lucrativa. De esa peculiar contextura vital surge también el que las ideas —de procedencia hebrea— acerca del requisito social de un linaje limpio y sin mancha pasen a ser adoptadas por la casta mayoritaria cristiana, y, en sus manos, se conviertan en la ciega obsesión por la limpieza de sangre y por el honor tan distintiva de la España tardomedieval y moderna. Esta obsesión estará detrás del inclemente hostigamiento cuatrocentista a los conversos, y, en último término, de la traumática expulsión de los judíos en 1492. Las ideas de raíz islámica acerca de las conexiones entre estado y religión (de cuya vigencia reciente en determinados casos todos tenemos noticia) tienen, establece Castro, una proyección en las diversas fases teocráticas que España ha pasado durante su historia, la última de ellas no hace tanto tiempo. Las claves de la España del

Siglo de Oro, y de su ulterior decadencia, parten, precisamente, de ahí, sostiene don Américo.

Este resumen, que malamente puede hacer al libro de Castro la justicia que merece, creo permite ver que para don Américo la identidad histórica española no fue, no es, una sustancia eterna e inmutable, sobre la que caen y caen sucesivos invasores, que resbalan sobre ella sin dejar huella alguna. Castro no cree que Séneca fuera español, que las *puellae gaditanae* lo fueran, que Indíbil y Mandonio, o Viriato, o San Isidoro, o los cercados en Numancia lo fueran. Ello, unido a la idea de que lo español nace a partir de 711 en interacción con musulmanes y judíos, permite imaginar fácilmente la acogida que esta obra de un exiliado hubiera podido tener en la España de 1948, cuya imagen histórica, según el régimen franquista y su propaganda, hablaba de una España eterna, reciamente católica, cuna de santos y martillo de herejes. Hubo una minoría que saludó la novedad de la construcción historiográfica de Castro con entusiasmo (el de Rafael Lapesa es el primer nombre que me viene a la mente, mas no es el único), pero la censura se aprestó a clasificarlo como «libro tolerado». Había entonces libros recomendables, autorizados y tolerados: las obras toleradas no podían recibir más publicidad que su inclusión en los catálogos, las autorizadas podían ser exhibidas en las librerías, pero únicamente un ejemplar, mientras que las obras recomendables debían ser profusamente destacadas por editores y libreros, tanto en los catálogos como en las mesas de novedades. Y la prensa optó, en muy buena medida, por ignorarlo.

Que la visión de España presentada por Castro en *España en su historia* chocaba con las visiones históricas de España en vigor en la época es claro y patente. No ya con la visión de España de un Menéndez y Pelayo, definida en términos de centralidad de un robusto y sempiterno tronco católico en torno del cual revoloteaban ocasionalmente molestos «heterodoxos», sino en términos de otras visiones más cercanas y, digamos, más ortodoxamente historiográficas. Tómese, por ejemplo, el caso de Rafael Altamira, muy respetable historiador y hombre de ideas progresistas, asociado a los ámbitos de la Institución, alumno de Francisco Giner de los Ríos, y uno más de los muchos forzados a exiliarse en 1936 (en su caso, cumplidos ya los setenta). Su *Manual de Historia de España* en su segunda edición, de 1946 —cuando *España en su historia* estaba en pruebas—, empieza su recorrido histórico y su relato con los primeros pobladores de España y con las cuevas de Altamira; pasa después por las colonizaciones fenicia, griega y romana, y de ahí en adelante. Ciertamente, en sus preliminares señala, bajo el epígrafe «El pueblo español» que «el pueblo español que hoy conocemos y del que formamos parte no es el mismo que fue en siglos pasados, ni constituye una raza pura [...]».

Se ha ido formando poco a poco y por mezclas o substituciones de hombres de orígenes muy distintos [...], procedentes unos de invasiones y colonizaciones que se irán mencionando [...]» (Altamira, 1946: 27). Una de ellas será, claro, la invasión musulmana, pero es claro que no se le concede una especial relevancia frente a otras invasiones o colonizaciones; todas ellas, en cualquier caso, acciones que se ejercen sobre un núcleo central preexistente, parece sugerir Altamira. Sí, se habla muy de pasada de «la influencia sobre los habitantes cristianos» (142) de los musulmanes peninsulares, pero lo más de los capítulos dedicados en el libro de Altamira al período 711-1492 discurren, por decir así, por series paralelas: los reinos cristianos, la España musulmana, los acontecimientos en Europa; en progresión, con algunos contactos entre ellas, pero sustancialmente separadas y siempre iguales a sí mismas, carentes de mutua interpenetración.

Sabemos que a Rafael Altamira no le gustó en absoluto *España en su historia*: Javier Malagón nos permite saber que Altamira anotó profusamente su ejemplar de esa obra, al parecer con vistas a producir una reseña, presumiblemente muy negativa. De hecho, en la portada del libro escribió:

Libro lleno de prejuicios contra España, *derrotista* clarísimo y de desconocimiento de la historiografía española. Para el autor no hay más que la filología y su literatura, y el exagerado elogio de sus amigos actuales, que también son derrotistas, ya que se proclaman los españoles que más valen (Malagón, 1978: 257)¹¹,

apuntando al aludir al «exagerado elogio», si no estoy equivocado, a Ramón Menéndez Pidal, uno de los autores más profusamente citados en *España en su historia*, y siempre de forma elogiosa. Es verdad que Altamira tenía ya 82 años al escribir esto, y que una sacudida tal a su modo de ver la historia española había de resultar difícil de pasar, y ello es lo que hubo de haber tras de tan áspero y desabrido juicio.

Acabo de mencionar a Menéndez Pidal, maestro de don Américo en el Centro de Estudios Históricos, luego colega *senior* de relación siempre cordial, si con diferencias, como atestiguará sin duda el epistolario entre ambos, a punto de publicación por la Fundación Menéndez Pidal al cuidado de Enrique Jerez, que indudablemente nos dará acceso a un *corpus epistolarum* colmado de informaciones del mayor interés. Es ilustrativo, hablando del contraste de las posiciones de Castro con las de otros historiadores más o menos coetáneos suyos, compararlas con las de una obra de Pidal aparecida un año antes de la publicación de *España en su historia*: su largo ensayo *Los españoles en la historia*, prólogo al primer volumen

¹¹ La nota de Altamira en la misma página 257, n. 26.

de la *Historia de España* dirigida por don Ramón, luego publicado en forma de libro en 1951¹². En esta obra prevalece la idea de la invariabilidad histórica del pueblo protagonista de la historia. La obra se abre con estas palabras: «Los hechos de la historia no se repiten, pero el hombre que realiza la Historia es siempre el mismo»; y con la afirmación de que el «afán por saber cómo es cada pueblo actor de la Historia, cómo, dada su permanente identidad, se comporta en sus actos, fue sentido por los hombres de todos los tiempos» (Menéndez Pidal, 1982: 71). De hecho, la obra es un examen de diversas características —sobriedad, desinterés, apatía, tradicionalidad, misonerismo, religiosidad, ideas acerca de la fama, etc. — que, según Pidal, han sido siempre distintivas —y *siempre* quiere decir *siempre*— del ser del español. Nada más opuesto, frente a esta serie de características eternas e inamovibles, que la idea de que la mentalidad y el ser españoles se fraguaron a lo largo de los siglos en un complejo proceso de coexistencia e impregnación cultural.

Precisamente a posiciones afines a las que aquí he tomado como ejemplo se refiere Castro en el prólogo a su *España en su historia*:

Enfocada así la realidad del vivir, desaparece la abstracción de una España ya dada “intemporalmente” sobre la tierra ibérica. Creíamos que sobre aquella supuesta España cayó el accidente de la presencia indeseada de musulmanes (y de judíos), y que al marcharse estos, España regresó a su eterno ser, después de un enojoso *intermezzo* de 800 años. No. Cuando hablo ahora de “lo español”, esta noticia ocurre en mi conciencia con un aspecto y una forma cuyo sentido no puedo rastrear con anterioridad al año 711 (Castro, 1948: 12).

No obstante, si de choques historiográficos hemos de hablar al hablar de *España en su historia*, es obvio que el más conocido y notorio fue el que enfrentó a Castro y a su antiguo amigo Claudio Sánchez Albornoz. No fue, creo, *España en su historia* la obra que definitivamente desató sus más jupiterinos dictérios, sino *La realidad histórica de España* (1954), la obra en que Castro reelaboró sustancialmente las ideas matrices de *España en su historia*. Pero un vistazo al ejemplar que fue de Sánchez Albornoz de *España en su historia* permite ver su radical, indignada, y hasta furiosa, oposición al libro de Castro. No entraré aquí en esta polémica, que marca como no lo hizo ninguna otra la historia intelectual española del s. XX, pero sí diré que, en el fondo, de lo que se trata es de dos maneras de hacer historia: la del historiador positivista, factual, de formación y ejercicio basados en los documentos y en otras evidencias tangibles y mensurables, que solo cuenta lo que ve, o lo que puede construir a partir de lo que ve (y Sánchez

¹² Bajo el título *Los españoles en la historia y en la literatura*, Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 1951. Y más de treinta años más tarde, de nuevo bajo el título original, y con un memorable prólogo de Diego Catalán (“España en su historiografía”) en Madrid: Espasa-Calpe, 1982. Cito por esta última.

Albornoz era un magnífico ejemplar de esta raza); y, por otro lado, la de un historiador no historiador profesional, y orientado en su quehacer por una visión de la historia más orteguiana; es decir, menos factual, nada positivista, y mucho más teórica. Esta veste orteguiana del quehacer historiográfico de Américo Castro nunca será lo suficientemente recalçada. Hablo de la huella del Ortega que en 1911 (3b; también en 2004: 412) dice: «El día en que se comience a elaborar la historia de España con espíritu filosófico, es decir, científico, no meramente erudito, se nos ofrecerá la extraña fisonomía de una casta que ha solido vivir al revés» —con alguna inquietante coincidencia léxica; o el Ortega que escribió, nuevamente en *El Imparcial*, con motivo de la publicación de un libro de Azorín,

sabido es que la historia científica de un pueblo no puede hacerse derribando sobre un archivo una carga de buena voluntad. Con esos ingredientes se obtiene simplemente lo que suele llamarse erudición, cosa tan ajena a la ciencia como, según el doctor Lutero, lo era al Credo el arte de cantar (Ortega y Gasset, 1912: 1c; también en 2004: 537)¹³.

El Ortega, en fin, tibio y reticente reseñador de los *Orígenes del Español* de Menéndez Pidal, que afirma, entre otras cosas, que «un libro de ciencia tiene que ser de ciencia, pero también tiene que ser un libro», y sentencia que «Ciencia no es erudición, sino teoría» (Ortega y Gasset, 1926: 3b; también en 2005: 120). Nada más fácil que multiplicar las citas de Ortega en que expone y manifiesta una cierta visión de la historia, menos factual, más filosófica, que dejará profunda impronta en la obra de Castro: me limito aquí a simplemente apuntar a estas correspondencias¹⁴.

Y es que Don Américo transita por esos caminos cuando en la introducción a *España en su historia* dice: «Hechos y datos valen aquí solo como aspectos significativos de algo yacente bajo ellos» (p. 14), o cuando más adelante, en las primeras páginas del libro, sentencia: «Un rasgo del tiempo actual es el desequilibrio entre lo que “sabemos” y lo que “entendemos”» (p. 25). La inteligibilidad que no

¹³ Nótese que la vieja edición de *Obras completas* de Revista de Occidente (Madrid: Revista de Occidente, 1966) da como fecha de publicación de esta pieza en *El Imparcial* el 11 de junio de 1912 (t. I, p. 243).

¹⁴ Es, me parece, consecuencia de esa veste orteguiana de la concepción historiológica de Castro el hecho de que tuviera en mucho el parecer de Ortega —al parecer positivo— tras de la aparición de *España en su historia*: en una carta sin fecha, pero de 1949, a Stephen Gilman, Castro dice: «Curtius y otra persona me han dicho que Ortega les ha mencionado *España [en su historia]* como algo que cree muy importante; como las dos personas esas son muy distintas, eso demuestra que le interesa el tema. El que Zubiri, Ferrater y ahora Ortega encuentren posible mi enfoque de la historia es sin duda animador. Pero fuera de los hispanos y los hispanizados, ¿la aceptará alguien?» (Residencia de Estudiantes, fondo Stephen Gilman, CAS\1\5\23). Me he ocupado en mayor detalle de la presencia de las ideas historiológicas de Ortega en *España en su historia* y otras obras de Castro en “La historia según Américo Castro”, conferencia de apertura del congreso *Jornadas Américo Castro. Historia y aspectos del vivir hispánico (1885-1972)*, dada en el Paraninfo de la Universidad Complutense el 18 de octubre de 2022, y que formará parte del libro que estoy escribiendo sobre la vida y la obra de Castro.

da la erudición histórica: eso es precisamente lo que Castro se propuso alcanzar mediante la *teoría* de la historia española, mediante la *invención* —esclarecimiento, elucidación— de lo hispánico como modo colectivo de ser en el mundo, en su *España en su historia*, libro que, además, para presumible satisfacción completa de Ortega y para beneficio de todos sus lectores, es, ante todo, un libro, magníficamente escrito, de apasionante lectura, y capaz de dar una visión completamente nueva y distinta de la fisonomía, características y formación de esa comunidad histórica llamada España. Todo un hallazgo, y, en absoluto, una mixtificación; pero, incluso, si fuera esto último, una mixtificación iluminadora y provocante al deseo de ir más lejos en la busca, acaso siempre ilusoria, de la verdad histórica.

BIBLIOGRAFÍA

- Altamira, R. (1946). *Manual de historia de España*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Asensio, E. (1952). «El erasmismo y las corrientes espirituales afines. (Conversos, franciscanos, italianizantes)», *Revista de Filología Española*, 36, 31-99.
- ___ (2000). *El erasmismo y las corrientes espirituales afines. (Conversos, franciscanos, italianizantes). Con algunas adiciones y notas del autor. Carta prólogo de Marcel Bataillon*. Salamanca: Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas.
- Castro, A. (1940). *The Meaning of Spanish Civilization. The Inaugural Lecture of Américo Castro, Emory L. Ford Professor of Spanish in Princeton University*. Princeton: Princeton University Press.
- ___ (1948). *España en su historia. (Cristianos, moros y judíos)*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1948.
- ___ (2021). *Aspectos del vivir hispánico*. José-Carlos Mainer (ed.). Sevilla: Renacimiento.
- Claret J. (2006). *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*. Barcelona: Crítica.
- Conde, J.C. (2019a). «Un futuro de máquinas, sexo y estómago», en *Babelia [El País]*, sábado 11 de mayo, 6.

- ___ (2019b). «Una laguna sumergida». *Epistolario de Américo Castro & María Rosa Lida de Malkiel (1946-1962)*. Salamanca: SEMYR.
- Guillén, J. y Castro A. (2018). *Correspondencia (1924-1972)*. Manuel J. Villalba (ed.). Valladolid: Fundación Jorge Guillén & Ediciones Universidad de Valladolid.
- Malagón, J. (1978). «Los historiadores y la historia en el exilio», en José Luis Abellán (dir.), *El exilio español de 1939*, V. Madrid: Taurus.
- Menéndez Pidal, R. (1982). *Los españoles en la historia y en la literatura*. Prólogo de Diego Catalán («España en su historiografía»). Madrid: Espasa-Calpe.
- Munari, S. (ed.) (2012). *Epistolario. Américo Castro y Marcel Bataillon (1923-1972)*. Madrid: Biblioteca Nueva & Fundación Xavier Zubiri.
- Naranjo Orovio, C. y Puig-Samper, M.Á. (2002). «Los lazos de la cultura se convierten en lazos de solidaridad: los inicios del exilio español», en Consuelo Naranjo, M^a Dolores Luque y Miguel Ángel Puig-Samper (eds.). *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*. Madrid: CSIC & Universidad de Puerto Rico, 307-319.
- Ortega y Gasset J. (1911). «Libros de andar y ver, I. Utopías geográficas – La ignorancia del Rif – Melilla como posibilidad – Los bereberes en el Rin - El “Turquí” y su comandante», *El Imparcial*, nº 15.891 (31 de mayo), 3b.
- ___ (1912). «Al margen del libro. Nuevo libro de Azorín, II», *El Imparcial*, nº 16.296 (11 de julio), 1c.
- ___ (1926). «Un libro. Orígenes del Español», *El Sol*, nº 2.912 (26 de diciembre), 3b.
- ___ (2004). *Obras completas, I (1902-1915)*. Madrid: Taurus & Fundación Ortega y Gasset.
- ___ (2005). *Obras completas, tomo IV (1926-1931)*. Madrid: Taurus & Fundación Ortega y Gasset.